

SENTARSE A BEBER A LOS PIES DE JESÚS (Lc. 10,38-41)

1. La fuente estaba a los pies de Jesús.
2. Marta: una mujer sin fuente. Síntomas de descentramiento:
 - a. La queja de los buenos
 - b. Sintiendo sola en la tarea
 - c. Bebiendo de su propia agua
 - d. Perdiéndose lo único importante. A los pies de Jesús hay lugar para dos.
3. Emigrar de Marta a María.
4. María: una mujer con fuente. Síntomas de centramiento:
 - a. Un modo de estar en el mundo. Una actitud del corazón, en todo
 - b. Una manera de orar: la oración contemplativa.
5. Ir al mundo con esta imagen tatuada en el corazón: tuberías del amor de Dios.

“Según ibais de camino, tú Jesús, entraste en una aldea; y una mujer, llamada Marta, te recibió en su casa. Tenía Marta una hermana llamada María, que sentada a tus pies, Señor, escuchaba tus palabras. Marta, en cambio estaba atareada con muchos quehaceres del servicio. Entonces Marta se acercó a ti, Jesús y te dijo:

- Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola en la tarea? Dile que me ayude.

Pero tú le contestaste:

- Marta, Marta, andas inquieta y preocupada por muchas cosas, cuando en realidad unas solo es necesaria. María ha escogido la mejor parte, y nadie se la quitará”.

Lc. 10,38-41

Esta mañana la súplica era: “Dame de esa sed”. La samaritana nos proponía ensanchar el deseo de Dios, su necesidad, sus ganas. Y esta tarde queremos colocarnos debajo de donde está la fuente, sentarnos a beber a los pies de Jesús.

1. La fuente estaba a los pies de Jesús.

Todo lo que vamos a decir esta tarde puede resumirse y concentrarse en una sola imagen: una mujer a los pies de Jesús, bebiendo sus palabras. Lo que esta mujer, María de Betania, nos está diciendo, sin decir palabra alguna, es que **ella ya ha encontrado la fuente**. Que la fuente estaba, y está, a los pies de Jesús. Y que ella no tuvo ninguna duda de que, en aquel momento, no había nada más importante que hacer que sentarse a beber, a beber con avidez.

Ojala que esta imagen muda se nos grabe en la retina de nuestro corazón porque entonces habremos dado con uno de los tesoros más grandes de cualquier creyente. Con lo que estos días estamos llamando las fuentes de nuestra vida.

Con una aclaración, estar **a los pies de Jesús**, no significa rezar o rezar más. Significa el lugar y **el modo en el que está mi vida entera**. A quien miro, a los pies de quien estoy, a quien escucho, de quien lo recibo todo, qué o mejor quién es para mí lo más importante, en realidad digamos que lo único necesario. Sin lo cual siento que yo ya no soy mi más verdadero yo. Donde encuentro la sensación de haber escogido la mejor parte (aunque en la vida haya hecho otras elecciones dudosas e incluso muy equivocadas) y donde me estremezco al saber que aquello no me lo quitará nadie. Que otras cosas pueden faltarme: el reconocimiento social, el éxito profesional, el mundo de relaciones, la salud incluso. Pero esto, no.

2. No es una práctica sino una actitud del corazón en todo

Es la diferencia entre ser yo la referencia de mí mismo o que lo mejor de mí mismo lo reciba estando a los pies de Jesús, a su escucha, atento a Él, bebiendo de Él su Palabra, su cariño, sus encargos, su misma vida, su misma agua viva. En todo tanto en la oración, como en la acción, en las relaciones, en las decisiones, en las circunstancias mil de la vida en las que puedo o acudir a los pies de Jesús (como María de Betania) o seguir trajinando como sin nada (como Marta de Betania)

Y para ello queremos transitar despacio por este relato, sin prisas. Queremos introducirnos en él. Dice san Ignacio “como si presente me hallase”. No somos espectadores. Queremos ver lo que pasó en la historia de aquellas dos mujeres. Porque es lo que muchas veces nos pasa también a nosotros.

Esta tarde es para alegrarnos por la noticia de que **Dios quiere pasar nuestra aldea**, por nuestra casa. Y querer con Marta que el primer gesto por nuestra parte sea la acogida. Lo primero es recibir a Jesús. Luego vendrá lo que sea

pero Marta tiene un corazón acogedor y para ella es muy importante que Jesús se sienta bien en su casa. Nos recuerda ese otro episodio en el que Jesús dice: “Zaqueo, baja que hoy quiero hospedarme en tu casa”. Y este deseo de Jesús de habitar en casa de Zaqueo (que es un poco metáfora de habitar en su misma vida) es lo que hace que el evangelio diga que Zaqueo lo recibió muy contento en su casa.

No, Marta no es la imagen de la acción frente a María, su hermana, que sería la imagen de la contemplación o de la oración. Yo creo que hemos hecho mal en contraponer ambas imágenes. Mi impresión es que Marta representa a una mujer que busca lo mejor, para su vida y para su fe, pero todavía demasiado desde sí misma. Marta tiene su fuente en su generosidad, en su actividad, en su implicación, aunque muy buena, muy intensa o sea a favor de otros. Lo malo de Marta no es que haga muchas o pocas cosas; que esté estresada o que viva tranquilamente sus muchas actividades. Lo tremendo es **todo lo que Marta se está perdiendo**. Y lo peor se lo está perdiendo por algo que en principio es bueno.

Y por eso quizá Marta puede representarnos a algunos de nosotros. Acaso gente buena, gente comprometida, gente entregada. Gente que quiere vivir desde lo mejor de sí mismos. No haríamos bien en descalificar demasiado rápido a Marta. En ella podemos ver todos los deseos sinceros de implicarnos a favor de los demás, todos nuestros esfuerzos, nuestras energías que hemos volcado en proyectos, en causas, en estar disponibles. Incluso cuando todo ello lo hemos vivido como un desvivirnos por el Señor, por atareados en su servicio.

No, el Señor no puede ir en contra de todo eso. Ni siquiera en contra de nuestros cansancios. Lo que el Señor le está diciendo a Marta (y a nosotros en la parte que nos toca) es que acaso sea el momento de **buscar un nuevo fundamento para nuestra vida y para nuestra fe**. Una nueva fuente. O al menos de volver a ella, si es que, por el camino nos hemos despistado.

Y ello quizá porque Jesús observa algunos síntomas en la vida de Marta por los que entiende que las fuentes actuales de su vivir se están agotando o se han ido desplazando. Y ella misma se está agotando y se está secando también.

3. Marta: una mujer sin fuente. Síntomas de descentramiento:

Esta tarde queremos mirar algunos de estos síntomas de Marta, por si acaso nos encontramos con algunos de ellos. En cuyo caso la salida buena no será machacarnos: “mira que mal lo estamos haciendo”, o culpabilizarnos, sino acaso comenzar a emigrar de nuestra zona de Marta a nuestra zona de María, que también la tenemos. Todos nosotros somos ambos personajes. O mejor nuestra vida se mueve un poco entre Marta y María. Entre esas sensación de estar donde debemos estar, donde mejor se está, en nuestro lugar creyente (eso es María de Betania) y esa tendencia casi inconsciente que también habita en nosotros de descentrarnos, de abandonar la fuente y de enredarnos en otras cosas. Y, con ello, estando perdiéndonos lo mejor.

Síntomas como eso que se ha dado en llamar la “**queja de los buenos**” o la “fatiga de la compasión”. Ese sentimiento de cansancio, de limitación en el amar, de agotamiento incluso, que se da en las personas generosas. Se nos ha acabado la comida fresca y estamos tirando ya de las latas de sardinas de la despensa, de la reserva. Esa queja sorda, y a veces muda porque no se pronuncia nada hacia afuera, pero que se grita hacia adentro “ya no puedo más”. El síntoma es la queja. Síntoma de una actividad sin fuente, sin centro. Son síntomas de que estamos haciendo de nuestra vida básicamente preocupación e inquietud. No se trata de no tener preocupaciones sino el quizá el modo de vivirlas está delatando que estamos lejos de la fuente. Que no vivimos nuestras preocupaciones desde la confianza en el cuidado de Dios, como lo hacen los pequeños del Reino. Que le hemos quitado el puesto a quien en realidad lo hace todo. Nos hemos colocado delante, en la foto. Hemos taponado la tubería por donde discurría el agua de la Gracia, de la implicación, de la entrega por los demás. La tentación más sutil es la que sucede “bajo apariencia de bien” (San Ignacio).

El evangelio recoge este sentimiento sutil. Porque no es la reacción de una mala persona. No, es la reacción de gente generosa y cumplidora. Es el tipo de queja que aparece por ejemplo en el hermano mayor de la parábola, trabajador y cumplidor como pocos: “Hace ya muchos años que te sirvo sin desobedecer jamás tus órdenes y nunca me diste un cabrito para celebrar fiesta con mis amigos, en cambio llega este hijo tuyo...” o la queja de los viñadores de la primera hora: “Hemos trabajado durante todo el día, soportando el peso de la jornada y nos pagas lo mismo que a éstos que apenas han estado una hora...” o la queja de tantos otros. Trabajadores y cumplidores, pero sus reacciones delatan que su trabajo está deshabitado, está reseco, no brota de aguas limpias. No disfrutaban ya de trabajar junto al Padre, no se les ha pegado nada el roce con el Amo, no se alegran de corazón de que los que hacen menos, reciban tanto como ellos. Que además han tenido la suerte de vivir eso que dice el Padre de la parábola al hijo mayor: “Pero si todo lo mío es tuyo, pero si te lo he dado todo”.

El otro síntoma es el **sentirse solo en la tarea**. “No te importa que mi hermana me haya dejado sola con el servicio”. Es la mala soledad. Es el sentimiento de tener que cargar con todo sobre mis espaldas. (Otra vez es la queja de los buenos: “Yo intento preocuparme por todos ¿Y quién se preocupa de mí? ¿Ya estoy harto y cansado?”). Es

ignorar que a nuestra tarea, la que sea, nunca vamos solos. Que siempre vamos detrás de Aquel que nos envía a ella, siempre a su lado, siempre realizando su encargo, siempre bebiendo de su fuerza. Viviéndolo todo con Él. Aunque queden cosas sin hacer o parezca que las hacemos a medias, porque no hemos “estrujado el día hasta la última gota”.

Ello no supone que no haya momentos de estrés, de agobio, de preocupación e incluso de sentirse solo. Pero también uno va aprendiendo a echarse a un lado, a no tener que demostrar nada a los demás y a uno mismo, a tener la humildad suficiente (y la libertad también) para saber descansar, delegar o dejar de hacer. Y sobre todo a acudir una vez más a la Fuente cuando se van encendiendo los pilotos rojos de alarma. Ojala que en esos casos tengamos a alguien que lleno de respeto nos invite, sin juicio, a colocarnos en otro lugar. Aprender a “no dormirnos en la tarea” y aprender a “dormir la tarea”, descansarla en el Señor. Dejársela a Él.

(Yo me veo muy pillado aquí. Y no me importa. Porque ya sé que la salida buena es hacerme pequeño y acudir otra vez humildemente a quién me ha puesto donde estoy. Todavía no puedo vivir la libertad de María de Betania. Es cierto que camino hacia ahí (haciendo pequeños ejercicios de confianza, de dejarlo todo en sus manos). Y sobre todo siento que la verdad está en la actitud de María de Betania)

Quizá la imagen de Marta se parezca un poco a la de una cantimplora cerrada. Uno ha ido **bebiendo de su propia agua**: de su generosidad, de sus valores o ideales, de su esfuerzo, de su autoimagen, de su sentido de coherencia, de sus capacidades, de su voluntarismo... Y llega el momento (luego vemos que afortunadamente) en el que esa agua se agota y nos agota. Nos quedamos agotados. Algunos viven esto en las llamadas crisis de realismo o por circunstancias inesperadas, por enfermedades, por limitaciones físicas, por fracasos o sencillamente por un desgaste lento y progresivo.

Y cuando la cantimplora se vacía surge la queja, la mala soledad, la inquietud del corazón, la dispersión en mil trabajos que no sacian. Y uno puede seguir estando a mil cosas, muy buenas incluso, pero su corazón ya comienza a presentar síntomas de deshidratación. Los sutiles desplazamientos del corazón. Podemos funcionar muy bien por fuera pero comenzar a estar muy secos por dentro. Podemos dispersar la existencia con mil servicios que en realidad nos eximen de la urgencia de acudir a beber de la fuente, de acudir a beber del don de Dios. Podemos estar derrotados y sin embargo muchas veces nuestro yo pide todavía prórrogas antes de rendirse.

Es verdad que para ser justos tenemos que decir que si hay una acción descentrada, sin fuente... **también hay** o puede haber **una oración descentrada**, sin centro y sin fuente. Y ejemplos de eso también los tenemos en el evangelio y en nuestra propia vida. Baste recordar al fariseo que sube al templo a orar. Una persona orante que está a los pies sí, pero... de sí mismo. Y el síntoma en este caso no es la queja sino ese sentimiento escondido o manifiesto de superioridad (que también acecha a los buenos). O esos otros fariseos que oran mucho pero para que los vea la gente. O los que se pierden en palabrería. Y se ponen en las plazas de pie y en las sinagogas... mucho yo. Mucha oración de espejo (yo y como estoy y qué me pasa) y poca oración de icono, de escucha (tú, Señor y los tuyos... y cómo estás y qué quieres de mí). Oración descentrada en la que sigue habiendo mucho yo y poco tú. Es tremendo cuando incluso nos defendemos con nuestras oraciones del encuentro desprotegido con Dios. Cuando nuestra oración, en realidad, mantiene a raya a Dios.

Afortunadamente **también hay una acción con fuente**, una acción centrada. Porque estar a los pies de Jesús no es una invitación a la pasividad, a huir de la realidad, del mundo, del lío, incluso de las complicaciones. Y una muestra de ello está en la narración que precede a este texto de Marta y María: la parábola del buen samaritano. (¡Qué bien que estén juntas!). Esta parábola es un ejemplo de acción centrada y con fuente. Y el síntoma es un hombre que sabe **estar a lo que toca** en ese momento y sabe también retirarse. Y en ese momento tocaba atender al herido. Lo mismo que en el caso de María de Betania lo que tocaba estar a los pies de Jesús. Lo importante no es lo que uno hace, sino dónde están sus fuentes. Aquello que no se ve. Desde dónde uno hace o deja de hacer; ora o actúa. Más allá de acción u oración hay algo previo a ambas: De dónde bebe tu corazón. Si solamente de ti mismo y de tu generosidad o cada vez más del Señor y su amor. Y esto sí que no es lo mismo. Ni son sólo palabras.

¿Cómo reaccionó Marta a las palabras de Jesús, a sus reproches, a su invitación a mirar a María su hermana? No lo sabemos. Muchos relatos evangélicos, muchas parábolas también, nos sitúan ante finales inacabados. Por ejemplo, no sabemos qué pasó después de que el padre de la parábola invitase al hermano mayor a sumarse a la fiesta. ¿Recapacitó él también o siguió en su enfado? No lo sabemos. El texto no aclara nada, como diciendo eres tú quien tienes que dar, con tu vida, final a esta parábola. Es a ti a quien corresponde reaccionar de una manera o de otra.

Cómo reaccionó Marta no lo sabemos pero tenemos una pista. Un poco más adelante en el evangelio, en Jn 11, 17-37 (un texto al que vamos a volver otro día) vuelve a aparecer Marta. Cuando la muerte de su hermano Lázaro. Y ahí su reacción es muy distinta a la del texto de hoy. Y es un rayo de esperanza para todos nosotros, los “activistas descentrados”, volvernó a encontrar con Marta más adelante y sorprendernos del diálogo tan entrañable que tiene en esta ocasión con Jesús y cómo, ahora sí, la sentimos enteramente a los pies de Jesús; reconociéndole como el Mesías, hijo de Dios, la primera vez que una mujer hace tal confesión de fe en el evangelio.

4. Emigrar de Marta a María.

Muchas veces son las crisis, (tanto en la oración como en la acción, o en la vida misma: la muerte de su hermano Lázaro,) las que nos están empujando a ir aguas arriba en busca de una manantial mejor. A veces somos tan torpes, tan brutos que hasta que no agotamos hasta la última gota de nuestras posibilidades desde nosotros no sentimos la necesidad de suplicar otro agua.

Esta tarde ojalá no tengamos reparo en escuchar nuestro nombre pronunciado por la boca del Maestro: “Marta, Marta, andas inquieta y preocupada por muchas cosas, cuando en realidad una sólo es necesaria”. En este cariñoso reproche de Jesús está todo su deseo de que no nos perdamos ese don que escuchábamos este mañana dirigido a la samaritana. “Si conocieras el don de Dios”. Los pequeños del reino llegan directamente a ese don. Los demás muchas veces tenemos que dar rodeos. Vamos y volvemos. Nos tiene que traer ahí. Así es nuestro Padre Dios: salió buscar al hijo pequeño de la parábola, pero salió también a buscar al mayor, más tarde. Con estas palabras dirigidas a Marta, Jesús mismo está saliendo a buscar a Marta. Está saliendo a buscarnos. Esta tarde es un buen momento para emigrar de nuestra zona de Marta preocupada e inquieta a la zona de María, sentada a los pies de Jesús. Es un buen momento para dejar las preocupaciones que nos han traído aquí.

María acudió en directo a beber en la fuente del don de Dios. Me llama la atención que el evangelio, nada más presentárnosla, después de decirnos, tan sólo que era la hermana de Marta y que se llamaba María, nos la coloca ahí, ya directamente sentada a los pies de Jesús. Como si un potente imán la hubiera atraído. Como si fuera uno de esos buscadores de corrientes de agua subterráneas que ha dado con una beta acuífera magnífica (un zahorí, que da a la primera con una corriente interna, un acuífero caudaloso).

Es como decirnos sin rodeos: la fuente está aquí y María ha dado con ella a la primera. Y otra cosa: **la más importante de este relato** es precisamente lo que no se dice, **es lo que calla**. Este texto calla, con todo el pudor del mundo, las palabras que Jesús dirigió a María de Betania. Calla lo más importante para ella y también para nosotros. Calla ese tiempo de intimidad compartida. Calla ese momento en el que el silencio pequeño y distraído de María de Betania se pone a los pies del Silencio grande, y enteramente atento, profundamente acogedor de Jesús, el Señor. Y aquí el Silencio grande acalla la agitación del silencio pequeño.

¡Nos pasa tantas veces con el Señor! Se produce, muchas veces sin palabras, una especie de trasvase de las aguas caudalosas de su espíritu a los cauces de nuestra vida. A veces es en mitad de la mayor actividad. Y es como un sentimiento de presencia que nos sorprende y que nos sobrecoge. Y que nos hace sentirnos profundamente acompañados y que nos concede, a veces, la lucidez para distanciarnos de los agobios, de los enredos, de las trampas en las que comenzábamos a embrollarnos. Nos ayuda a tomar distancia, a volver a la pregunta: “Realmente, en esto que me inquieta... ¿me va la vida en ello? Y casi siempre la respuesta es “no, por cierto.

5. María: una mujer con fuente. Síntomas de centramiento:

Más allá del episodio concreto que narra el evangelio, María de Betania es una mujer que ha encontrado su fuente y su sitio. Uno puede desempeñar en la vida y en la sociedad muchos papeles distintos, los que le da por ejemplo el lugar donde trabaja, la familia que tiene, las relaciones que ha hecho, su comunidad y circunstancias mil. Pero un creyente sabe que su sitio realmente, el lugar que le gusta ocupar, su mejor lugar... es a los pies del maestro.

a. Un modo de estar en el mundo. Una actitud del corazón, en todo

Y unas veces podrá vivirlo conscientemente en la oración y otras veces lo llevará en el corazón en mitad de la acción y del ajetreo. Y acaso lo echará de menos porque sabe que es a los pies del maestro donde su corazón se esponja, pero sabe que lo más importante es estar donde nos coloca el Señor en cada momento. Porque en realidad, como decía santa Teresa, “lo que importa es complacerle a Él”. Estar donde él quiera que estemos. Y si Jesús hubiera querido que María se pusiera a servir o a preparar las cosas, María habría saltado como un muelle a ponerse manos a la obra.

Esta tarde queremos nosotros situarnos ahí, sentados a los pies de Jesús. Aunque algunos tengamos al principio un poco de agujetas porque llevamos demasiado tiempo erguidos. Queremos volver a retomar nuestra relación con el Maestro. Este tiempo, esta semana es para estar ahí y así. No es para mirarnos mucho a nosotros mismos, para analizarnos, para hacernos mejores... eso quizá venga de rebote. Es para colocarnos justo debajo de donde brota la mejor agua, el agua viva. Y para beber toda la novedad que el Señor quiera trasmitirnos, para beber su palabra y su silencio, su presencia fiel y entera.

Estos días son para permanecer en una escucha amorosa a los pies del maestro. Y no es que con ello queramos escaparnos del mundo, ignorar los problemas, ensimismarnos, caer en un intimismo espiritualista... No, precisamente ya tenemos la suficiente experiencia de que de este encuentro largo y gratuito con Jesús, habitualmente uno sale de otra manera al mundo: más reconciliado, más libre, con mayor horizonte, con más capacidad de entrega... aunque no sea este el objetivo primero con el que acudimos al Señor.

En el evangelio se emplea la misma palabra para referirse dos significados: escuchar y obedecer se dicen igual. A eso se nos invita estos días, a que nuestra escucha atenta, suave, como lluvia que empapa la tierra, se vaya convirtiendo en docilidad del corazón, en disponibilidad a recorrer los caminos que Él tenga bien llevarnos durante estos días, en estar abierto a que nuestra relación con Él todavía tiene mucho de sorpresa por descubrir, de momentos compartidos por agradecer. Por eso hay que hacer mucho silencio interior y exterior porque el Señor a veces habla bajito, porque a veces nos va llevando suavemente. Aunque otras, todo hay que decirlo, mete la directa y nos tira de nuestros caballos, porque no encuentra otra.

Escuchar y obedecer, porque muchas veces Dios nos silba desde la otra orilla a donde nos encontramos. Y cuando estamos metidos en la oración, en la espiritualidad, en el cultivo de uno mismo... a veces el Señor nos silba desde la otra orilla, desde la implicación en la realidad, y nos pide salir de nosotros mismos o vivir nuestra intimidad más en medio del ruido (porque incluso el ruido ambiental, cotidiano, puede ser cauce de encuentro con el Señor), o acercarnos a esa relación que nos cuesta. Otras veces, quizá las más, el Señor nos agradece infinito todo lo que estamos haciendo por Él y por el Reino pero nos vuelve a pedir: "Vayamos a un lugar juntos a descansar")

b. Una manera de orar

María de Betania representa una manera de estar en el mundo, en la vida. Y representa también un modo precioso de orar. En ella podemos fácilmente reconocer los rasgos de una oración contemplativa con la Palabra, con el evangelio. Me voy a referir a ello casi telegráficamente por si puede servir a alguien a la hora de hacer su oración de estos días (pero que cada cual lo haga como mejor le inspire es espíritu). Dicen que la oración contemplativa es "un largo y amoroso mirar". Largo porque lo contemplado no se nos desvela a la primera. Y amoroso porque a quien miramos, a través de la Palabra, es alguien que nos ha cogido el corazón (o está en ello).

La oración contemplativa supone que uno va a la oración ya con el texto o los textos que va a utilizar (va con un mapa y no a la improvisación). Intenta hacer silencio, acallar los ruidos, las preocupaciones. Buscar la postura del cuerpo adecuada, acompasar la respiración. Sin prisas, dejando que la tierra que enturbia el agua del vaso se pose en la superficie. Dejando que la presencia del Señor vaya emergiendo a nuestra consciencia. Hacerse consciente de delante quien quiere estar. "Tú estás aquí Conmigo Señor. Es contigo con quien yo quiero estar este tiempo, estar, sencillamente estar y beber de tu presencia y de tu palabra".

La oración contemplativa no es un ejercicio de interioridad sino de alteridad, vengo a estar con otro. A escuchar a otro. Cojo el evangelio y lo leo en segunda persona, dialogando con Jesús que se me hace presente en lo que leo. Y no pretendo sacar conclusiones, ni buenas reflexiones, ni planes de cambio. Nos cuesta mucho permanecer estando. La oración contemplativa tiene mucho de trasvase. Algo de lo contemplado, de lo que estamos leyendo en el evangelio, sin saber cómo se trasvasa a mí, se me pega, se me contagia. Como el bluetuch que hace que una foto salte de un móvil a otro. Es el contagio salvador. Porque lo que sucedió entonces y cuenta el evangelio, sucede ahora. De forma distinta pero con la misma densidad de realidad.

El evangelio es una maravilla porque es a la vez **recuerdo y presencia** real de Jesús. Y por eso lo importante no son las conclusiones que saco sino lo que se va moviendo por dentro, a niveles muchas veces inconscientes. Por mi parte sin intentar medir por el impacto emocional de lo que he leído. No importa que no sienta nada, importa que "hemos estado juntos Señor y tú sabrás cómo quieres moverte por mi casa, por la casa de mi corazón". No importan las distracciones, no pasa nada por tener ratos de aburrimiento. Sencillamente vuelvo sin darle más importancia.

La oración contemplativa tiene la dificultad para nuestra mentalidad práctica de que se basa en una profunda pasividad que no es tal, que una receptividad plenamente activa. Que necesita su tiempo como el archivo necesita su tiempo para descargarse por completo al interior del ordenador o del pen drive. Pero yo creo que nada nos transforma más por dentro, en las fibras más hondas de nuestra vida que esta profunda receptividad en el que nuestro cuerpo y nuestra alma inseparables se convierten en cántaros sobre los que el Señor vierte los dones que tantas ganas tiene de compartir con nosotros.

Permanecer en el silencio habitado y, si procede, dejar que el corazón se exprese. No discursos sino expresiones sencillas en las que afloran nuestras actitudes básicas: agradecimiento, confianza, disponibilidad, asombro, súplica, cariño... pero también desconcierto, sinceración, incluso rebeldía... pero siempre delante de Él.

Cuando el Señor encuentra cuencos receptivos así, ya se encarga Él del resto, de lo más importante. A nosotros como casi en todas las cosas de Dios nos toca no estorbar y consentir.